

## **DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Sofonías, 3, 14-18a): *Alégrate, grita de gozo, regocíjate y disfruta.*

**Salmo** (Is 12, 2-3, 4bcd, 5-6): *«Gritad jubilosos: “Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel”»*

**2ª lectura** (Filipenses, 4, 4-7): *Que vuestra medida la conozca todo el mundo.*

**Evangelio** (Lucas 3, 10-18): *Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?*

Celebramos la eucaristía en este tercer domingo de Adviento llamado en latín «*Gaudete*», que quiere decir: “*regocíjaoos*”, “*alégrense*”, “*estad alegres*”. Pero, ¿puede mandarse la alegría o imponerse por decreto? La alegría nace unas veces del interior del corazón cuando uno consigue, por ejemplo, una meta apetecida, un objetivo propuesto. Otras veces nos viene desde fuera como una alegre sorpresa inesperada, por ejemplo, cuando recibimos un regalo, una llamada.



Con la llegada de la alegría nos sentimos movidos a acercarnos a los demás y experimentamos nuevas energías interiores que nos impulsan a emprender algo nuevo. Las llegadas fortuitas de la alegría apenas pueden provocarse, pero sí es posible crear condiciones de alegría. En la vida hay cosas buenas y malas, como lo blanco y lo negro, como el día y la noche. Podemos ensombrecer la existencia empeñados en restregar heridas, en ver sólo las sombras, lo negativo, los escándalos del mundo e incluso la “*pasividad*” de Dios en lugar de descubrir el bien que hay oculto y divulgar el que es visible; nos hacemos mucho daño cuando somos más escarabajos de bajos fondos que abejas de superficie para disfrutar de la bondad de los hombres y de la belleza de la creación.

La vida no suele coincidir con la idea que nos hacemos sobre ella. Vemos la realidad con el color del cristal de nuestra educación, de nuestra cultura, de nuestra historia y sus experiencias, con el color de nuestros intereses y expectativas. Hoy, más que nunca, tanto para bien como para mal, los medios de comunicación pueden tener una influencia decisiva sobre nuestra percepción de las cosas. Nunca en la historia hemos tenido tanta información y, sin embargo, corremos el riesgo de vivir desorientados y manipulados. Podemos conocer al minuto algo que ha sucedido al otro lado del mundo, y, al mismo tiempo, comprobamos que lo que no sale en radio o en televisión pareciera no existir.

La vida, siempre es mucho más grande de lo que nosotros sabemos o de lo que otros nos pueden contar. La vida auténtica no es un “*reality show*”. Al contrario, se va tejiendo en la sencillez de cada día, en el silencio, en el anonimato. Se va construyendo en el amor y en el desamor, en el trabajo y en la solidaridad, en el niño que nace y en el anciano que se va; se va tejiendo con alegría y con lágrimas, con sueños y con decepciones, con aciertos y con fracasos.

Pero, **¿y Dios?** ¿Dónde está o dónde queda Dios en esta sociedad de la información que no da noticias de Él? ¿Dónde está cuando, incluso desde la misma religión, se afirma, a veces, que vivimos en una sociedad sin Dios? Al ver cada día, en las noticias, las calamidades que sufre tanta gente inocente, nos podemos preguntar: ¿Dónde está Dios? Tal vez estemos bajos de ánimo porque, entre tantas palabras y tantas imágenes que escuchamos y vemos cada día, Dios no es una evidencia, no es noticia en nuestra sociedad. Tal vez nos esté sucediendo hoy lo mismo que le sucedía al pueblo al que Sofonías dirigió sus palabras.

Acojamos y meditemos las palabras del profeta: *«El Señor tu Dios está en medio de ti»*. En una situación de crisis y de pesimismo, aquel hombre fue capaz de ver, más allá de la oscuridad del presente, la presencia de Dios en medio de la historia. *«El Señor tu Dios está en medio de ti, se alegra y goza contigo, te renueva con su amor»*. Es el Dios que no sale en los titulares terrenales pero que se hace presente en el corazón de la gente que ama y lucha por la vida, en las manos de los que construyen humanidad, en los labios de los que siembran la paz.

La razón cristiana de la alegría no es privilegio de nadie ni se identifica con lo que llamamos “*suerte en la vida*” y que no siempre alegra el corazón. Yo comprendo bien la alegría de los afortunados para quienes la Navidad viene acompañada de buenas noticias, ya que la adversidad nunca está de vacaciones ni siquiera en Navidad. Sin embargo, la alegría profunda es don de Dios para todos dada como un don del Espíritu que nadie puede arrebatarse. La alegría profunda, espiritual no consiste en risotadas o gritos, ni en la habilidad de hacer reír a los demás.

La alegría verdadera es serenidad interior y buen humor como estado habitual del espíritu. El que tiene esta serenidad sale de sí mismo y tiende a seleccionar lo bueno y bello incluso en la adversidad. Ésa es la medida que se hace patente a todo el mundo como pide Pablo en su carta a los filipenses. En muchas iglesias de hoy la alegría brilla por su ausencia, parece más cumplimiento rutinario que celebración eucarística. La fe nos da muchas motivaciones y perspectivas de alegría, a condición de no entenderla como una panacea universal con efecto automático.